

DAVE EGGERS

Zeitoun



LITERATURA MONDADORI

Zeitoun

Literatura Mondadori, 439

Además de ser uno de los autores más influyentes de la reciente literatura norteamericana, Dave Eggers (Boston, 1970) ha lanzado su propio sello editorial y es el fundador y editor de las revistas *McSweeney's* y *The Believer*, que en poco tiempo se han convertido en objetos de culto literario. Asimismo, es el cofundador de 826 Valencia, un centro de voluntariado que ayuda a niños y adolescentes con programas extraescolares y clases de escritura. Todo esto hizo que en 2005 la revista *Time* lo incluyera en su lista de las cien personas más influyentes de Estados Unidos. En 2007 fue galardonado con el premio Heinz, que recompensaba tanto sus logros literarios como su labor humanitaria.

En Literatura Mondadori hemos publicado *Ahora sabréis lo que es correr* (2004), *Guardianes de la intimidad* (2005), *Qué es el qué* (2008; finalista del premio National Book Critics Circle), *Los monstruos* (2009) y sus memorias noveladas *Una historia conmovedora, asombrosa y genial* (2010). *Zeitoun* es su nuevo libro.

Zeitoun

DAVE EGGERS

Traducción de Cruz Rodríguez Juiz



MONDADORI

Barcelona, 2010

www.megustaleer.com

(c) Random House Mondadori, S. A.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Zeitoun*

Adaptación de la cubierta: Departamento de diseño de Random House Mondadori

© Rachell Sumpter, por la cubierta

© 2009, Dave Eggers

© 2010, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Cruz Rodríguez Juiz, por la traducción

Primera edición: octubre de 2010

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-397-2283-0

Depósito legal: B-31.792-2010

Fotocomposición: Fotocomp/4, S. A.

Impreso en Limpergraf

Pol. Ind. Can Salvatella

c/ Mogoda, 29-31

08210 Barberà del Vallès

Encuadernado en EGEDSA

GM 2 2 8 3 0

*Para Abdulrahman, Kathy, Zachary, Nademah,
Aisha, Safiya y Ahmad, en Nueva Orleans*

Para Ahmad, Antonia, Lutfi y Laila, en Málaga

*Para Kousay, Nada, Mahmoud, Zakiya, Luay, Eman, Fahzia,
Fatimah, Aisha, Munah, Nasibah
y el resto de los Zeitoun de Yabla, Latakia
y la isla de Arwad*

Para el pueblo de Nueva Orleans

... en la historia del mundo incluso podría ser
que hubiera más castigo que crimen...

CORMAC MCCARTHY, *La carretera*

A un hombre con un martillo todo le parece
un clavo.

MARK TWAIN

NOTAS ACERCA DE ESTE LIBRO

Esta es una obra de no ficción basada principalmente en los relatos de Abdulrahman y Kathy Zeitoun. Fechas, horas, lugares y demás datos han sido comprobados mediante fuentes independientes y registros históricos. Las conversaciones se han reproducido lo mejor posible según el recuerdo de los participantes. Se han cambiado algunos nombres.

El presente libro no intenta explicarlo todo sobre Nueva Orleans ni sobre el huracán Katrina. Cuenta solo las experiencias de una familia antes y después de la tormenta. Ha sido escrito con la participación plena de la familia Zeitoun y refleja sus opiniones sobre lo ocurrido.

I

Viernes, 26 de agosto de 2005

En las noches sin luna, los hombres y muchachos de Yabla, una polvorienta ciudad pesquera de la costa de Siria, cogían los faroles y zarpaban en sus barcas más silenciosas. Cinco o seis embarcaciones pequeñas con dos o tres pescadores cada una. Una milla adentro, disponían las barcas en círculo en el negro mar, largaban las redes y, sosteniendo los faroles por encima del agua, emulaban a la luna.

Al poco rato, los peces, sardinas, empezaban a congregarse y formaban una masa plateada que emergía despacio desde las profundidades. Los peces se sentían atraídos por el plancton y el plancton por la luz. Empezaban a girar como una cadena de eslabones sueltos y durante una hora seguían llegando cada vez en mayor número. Los huecos negros entre los eslabones plateados iban cerrándose hasta que los pescadores solo veían una masa sólida de plata girando bajo el agua.

Abdulrahman Zeitoun tenía solo trece años cuando empezó a pescar sardinas así, con el método conocido como *lampara* y adoptado de los italianos. Había esperado años para sumarse a los hombres y adolescentes de las barcas nocturnas, años que había dedicado a hacer preguntas. ¿Por qué solo en noches sin luna? Porque, le explicó su hermano Ahmad, las noches de luna llena se veía plancton por todas partes, extendiéndose por todo el mar, y las sardinas descubrían y devoraban sin problemas aquellos organismos relucientes. Pero las noches sin luna los hombres podían fabricarse una luna y atraer a las sardinas a la superficie en concentraciones asombrosas. Tienes que verlo, le contó Ahmad a su hermano pequeño, no has visto nada igual.

Y cuando Abdulrahman vio por primera vez a las sardinas girando en la negritud no podía creerlo, no alcanzaba a creer la belleza de aquella órbita plateada ondulando bajo la luz blanca y

dorada de los faroles. No dijo nada, y los demás pescadores también se cuidaban mucho de hacer ruido y remaban sin motores, no fueran a espantar la pesca. Susurraban por encima del mar, bromeando y hablando de mujeres y chicas mientras observaban cómo los peces subían y giraban debajo de ellos. Al cabo de unas horas, una vez listas las sardinas, cuando decenas de miles de ellas destellaban bajo la luz refractada, los pescadores aseguraban la red y la recogían.

Luego encendían los motores para regresar a la orilla y llevaban las sardinas al comprador de la lonja antes del amanecer. El comprador pagaba a hombres y chicos y después vendía el pescado por toda Siria occidental (Latakia, Baniyas, Damasco). Los pescadores se repartían el dinero y Abdulrahman y Ahmad entregaban su parte en casa. Su padre habían muerto el año anterior y su madre no estaba muy bien ni a nivel físico ni mental, de modo que todo lo que ganaban pescando iba al sustento del hogar que compartían con una decena de hermanos y hermanas.

De todos modos a Abdulrahman y Ahmad no les importaba el dinero. Lo habrían hecho gratis.

Treinta y cuatro años después y miles de kilómetros más al oeste, Abdulrahman Zeitoun estaba en la cama un viernes por la mañana alejándose lentamente de la noche sin luna de Yabla, un vago recuerdo atrapado en un sueño matinal. Se encontraba en casa, en Nueva Orleans, y oía a su lado la respiración de su esposa Kathy, exhalaciones no muy distintas del murmullo del agua contra el casco de una barca de madera. Por lo demás, la casa estaba en silencio. Abdulrahman sabía que eran casi las seis y que aquella paz no duraría. La luz matinal solía despertar a los niños en cuanto alcanzaba las ventanas de la segunda planta. Uno de los cuatro abriría los ojos y en adelante los movimientos serían bruscos y la casa se llenaría de ruidos rápidamente. Con un niño despierto, era imposible mantener a los otros tres en la cama.

A Kathy la despertó un golpe en el piso de arriba procedente de los cuartos de los niños. Escuchó con atención, rogando en si-

lencio que la dejaran descansar. Todas las mañanas había un período delicado, entre las seis y las seis y media, en que existía una posibilidad, por remota que fuera, de poder robar otros diez o quince minutos de sueño. Pero entonces oyó otro golpe, el perro ladró y después siguió otro golpe más. ¿Qué estaba pasando? Kathy miró a su marido. Tenía la vista clavada en el techo. El día había nacido entre estruendos.

Como siempre, el teléfono empezó a sonar antes siquiera de que sus pies tocaran el suelo. Kathy y Zeitoun —la mayoría de la gente lo llamaba por el apellido porque no sabía pronunciar el nombre— dirigían una empresa —Contratas y Pinturas Zeitoun S.L.—, y todos los días trabajadores, clientes y cualquiera con un teléfono y el número de los Zeitoun parecían creer que, en cuanto el reloj marcaba las seis y media, se consideraba apropiado telefonar. Y telefoneaban. Por lo general, a las seis y media en punto recibían tantas llamadas que se solapaban unas con otras y la mitad saltaba directamente al contestador automático.

Kathy contestó a la primera, de un cliente de la otra punta de la ciudad, mientras Zeitoun se metía en la ducha. Los viernes siempre eran ajetreados, pero este, visto el mal tiempo que se avecinaba, prometía ser una locura. Hacía una semana que se hablaba de una tormenta tropical que estaba cruzando los cabos de Florida y cabía la posibilidad de que se dirigiera hacia el norte. Aunque cada agosto se presentaba una situación similar y la mayoría de la gente ni se inmutaba, los clientes y amigos más cautos de Kathy y Zeitoun solían tomar precauciones. Llamaban durante toda la mañana para saber si Zeitoun podría entablar puertas y ventanas o si pensaba retirar el material de sus fincas antes de que llegasen los vientos. Los trabajadores querían saber si debían acudir ese día o el siguiente.

—Contratas y Pinturas Zeitoun —dijo Kathy, tratando de parecer despierta.

Era una clienta mayor, una anciana que vivía sola en una mansión del Garden District y que quería que los empleados de Zeitoun fueran a entablar las ventanas.

—Claro, por supuesto —contestó Kathy, pisando con fuerza.

Estaba despierta. Kathy era la secretaria, la contable, la gestora del departamento de crédito y la jefa de relaciones públicas del negocio: se encargaba de todo lo relacionado con la oficina mientras su marido se ocupaba de los edificios y la pintura. Los dos se compensaban bien: el inglés de Zeitoun tenía sus límites, de modo que cuando había que negociar facturas, el deje de Louisiana de Kathy tranquilizaba a los clientes.

Ayudar a los clientes a preparar la casa para la llegada de vendavales formaba parte del trabajo. Kathy no había pensado demasiado en la tormenta de la que hablaba la anciana. Hacía falta algo más que un puñado de árboles derribados en el sur de Florida para llamarle la atención.

—Le mandaremos una cuadrilla esta tarde —le dijo a la mujer.

Kathy y Zeitoun llevaban once años casados. Zeitoun había llegado a Nueva Orleans en 1994, después de pasar por Houston, Baton Rouge y otra media docena de ciudades estadounidenses que había explorado en su juventud. Kathy se había criado en Baton Rouge y estaba acostumbrada a la rutina de los huracanes: la letanía de preparativos, la espera y la vigilancia, los cortes de luz, las velas y las linternas y los cubos para recoger agua de lluvia. Cada agosto pasaban media docena de tormentas y rara vez merecía la pena molestarse por ellas. Esta, llamada Katrina, no iba a ser diferente.

Abajo, Nademah, que con diez años era la segunda por edad, estaba ayudando a preparar el desayuno de las dos pequeñas, Aisha y Safiya, de cinco y siete años respectivamente. Zachary, el hijo de quince años del primer matrimonio de Kathy, ya había salido a reunirse con los amigos antes de clase. Kathy preparaba almuerzos mientras las tres niñas, sentadas a la mesa de la cocina, comían y recitaban escenas de *Orgullo y prejuicio* con acento británico. Se habían vuelto locas, estaban enamoradas sin remedio de la película. Nademah, de ojos negros, había oído hablar de ella por unas amigas y convencido a Kathy para que comprara el DVD, y desde entonces las tres niñas habían visto la película do-

cenar de vez en cuando: cada noche durante dos semanas. Conocían a todos los personajes y todas las líneas de diálogo y habían aprendido a desmayarse como jóvenes aristocráticas. No les había dado tan fuerte desde *El fantasma de la ópera*, cuando les había atacado la necesidad de cantar todas y cada una de las canciones, en casa, en la escuela o en las escaleras mecánicas del centro comercial, a pleno pulmón.

Zeitoun no estaba seguro de qué era peor. Al entrar en la cocina y ver a sus hijas inclinarse y hacer reverencias y agitar abanicos imaginarios, pensó: Al menos no cantan. Se sirvió un vaso de zumo de naranja mientras contemplaba a sus tres hijas, perplejo. Había crecido en Siria entre siete hermanas, pero ninguna de ellas era tan aficionada al teatro. Sus hijas eran juguetonas, nostálgicas, en casa siempre estaban bailando, saltando de cama en cama, cantando con vibrato impostado, desvaneciéndose. Sin duda, era influencia de Kathy. En realidad su mujer, de gustos y modales infantiles y risueños, también era una niña: le gustaban los videojuegos, Harry Potter y la desconcertante música pop que escuchaban sus hijas. Zeitoun sabía que estaba decidida a darles la infancia despreocupada que a ella se le había negado.

—¿No vas a comer más? —dijo Kathy mirando a su marido, que estaba calzándose, listo para salir.

Era un hombre de cuarenta y siete años, estatura media y constitución fuerte, pero cómo mantenía el peso constituía todo un misterio. Podía pasar sin desayunar, picar cualquier cosa para almorzar y apenas tocar la cena, todo ello trabajando doce horas diarias en constante actividad, y aun así su peso nunca fluctuaba. Kathy sabía desde hacía una década que su marido era uno de esos hombres de inexplicable solidez, autosuficientes y sin necesidades, que vivían del aire y el agua, inmunes a las heridas o las enfermedades... pero seguía preguntándose cómo sobrevivía. Ahora recorría la cocina besando a las niñas en la cabeza.

—No te olvides el teléfono —le recordó Kathy al ver el móvil encima del microondas.

—¿Por qué iba a olvidarlo? —preguntó él, metiéndoselo en el bolsillo.

—Claro, tú nunca te olvidas de nada, ¿verdad?

—No.

—Así que, según tú, nunca olvidas nada.

—Sí. Eso mismo.

Pero en cuanto lo dijo Zeitoun reconoció su error.

—¡Si te olvidaste de tu primogénita! —dijo Kathy.

Zeitoun había caído como un angelito. Las niñas sonrieron. Conocían bien la historia.

A Zeitoun le parecía injusto que un único lapsus en once años proporcionara munición a su mujer para pincharlo durante el resto de su vida. Zeitoun no era un hombre olvidadizo, pero cada vez que olvidaba algo, o cuando Kathy intentaba demostrar que lo había olvidado, le bastaba con recordarle aquella vez que se olvidó de Nademah. Porque se olvidó. No mucho rato, pero se olvidó.

Nademah nació el 4 de agosto, en el primer aniversario de bodas de sus padres. Había sido un parto difícil. Al día siguiente, en casa, Zeitoun ayudó a Kathy a bajar del coche, cerró la portezuela del acompañante y luego cogió a Nademah, que esperaba en su sillita. Cargó al bebé con una mano mientras con la otra agarraba a Kathy del brazo. Las escaleras que llevaban a su piso de la segunda planta empezaban nada más entrar en el edificio, y Kathy necesitaba que la ayudara a subir. De modo que Zeitoun ayudó a subir las empinadas escaleras a su mujer, que avanzaba entre gemidos y suspiros. Llegaron al dormitorio; Kathy se desplomó sobre la cama y se cubrió con las mantas. No tenía palabras ni argumentos suficientes para explicar el alivio que le proporcionaba estar en casa y poder descansar con su bebé.

—Tráemela —pidió Kathy, extendiendo los brazos.

Zeitoun miró a su mujer, asombrado de verla tan bella y etérea, con la piel tan radiante y los ojos tan cansados. Luego reparó en lo que le había dicho. El bebé. Claro, quería al bebé. Zeitoun

se giró para dárselo, pero allí no había ningún bebé. El bebé no estaba a sus pies. El bebé no estaba en la habitación.

—¿Dónde está? —preguntó Kathy.

Zeitoun casi se quedó sin respiración.

—No lo sé.

—Abdul, ¿dónde está el bebé? —insistió Kathy en voz más alta.

Zeitoun emitió un ruido, algo a medio camino entre un jadeo y un chirrido, y salió pitando de la habitación. Bajó corriendo las escaleras y salió a la calle. Vio la silla de coche sobre el césped. Había dejado al bebé en el jardín. ¡Había dejado al bebé en el jardín! La silla estaba de cara a la calle. Zeitoun no veía el rostro de Nademah. Agarró el asa temiéndose lo peor, que alguien hubiera dejado la silla y se hubiera llevado a la niña, pero cuando la giró hacia él, se encontró con la carita rosa, arrugada y dormida de Nademah. Tocó a la niña con los dedos para notar su corazón y constatar que se encontraba bien. Estaba bien.

Subió la silla al piso, entregó a Nademah a Kathy y, sin darle tiempo a su mujer a regañarle, tomarle el pelo o pedirle el divorcio, corrió escaleras abajo y fue a dar un paseo. Ese día necesitaba dar un paseo, y necesitó más paseos otros muchos días para entender lo que había hecho y por qué, cómo había podido olvidarse de su hija mientras ayudaba a su mujer. Qué difícil era hacer ambas cosas, ser compañero de una y protector de la otra. ¿Dónde estaba el equilibrio? Pasaría años ponderando la cuestión.

Hoy, en la cocina, Zeitoun no pensaba darle a Kathy la oportunidad de contarles toda la historia a las niñas otra vez. Se despidió.

Aisha le agarró por la pierna.

—No te vayas, Baba.

Le gustaba hacer teatro (Kathy la llamaba «Dramarama»), y tanto leer a Austen había acentuando esa tendencia natural.

Zeitoun estaba pensando en el trabajo que le esperaba ese día, y a las siete y media ya iba retrasado.

Miró a Aisha, le cogió la cara entre las manos, sonrió ante la perfección de aquellos ojos negros y brillantes y luego apartó a

la niña de la pernera como si estuviera quitándose unos pantalones empapados. Segundos después estaba en el camino de entrada, cargando la furgoneta.

Aisha salió a ayudarlo y Kathy los observó a los dos, pensando en la relación de Zeitoun con las niñas. Costaba describirla. No era un padre amantísimo, pero sin embargo nunca ponía objeción a que le saltaran encima y le agarraran. Era estricto, claro, pero también lo bastante distraído para dejarles el espacio que necesitaban y lo bastante flexible para permitir que se aprovecharan de él cuando hacía falta. E incluso cuando estaba preocupado por algo, sus ojos verde-grisáceos, de largas pestañas, no dejaban que se trasluciera. Cuando se conocieron, como Zeitoun le llevaba trece años, al principio Kathy no contempló la posibilidad del matrimonio, pero aquellos ojos, que atrapaban la luz de aquella manera, la habían cautivado. Estaban llenos de sueños, pero también eran exigentes, con criterio: eran los ojos de un emprendedor. Zeitoun era capaz de ver un edificio ruinoso e imaginar no solo en lo que podría convertirse, sino cuestiones prácticas como cuánto tiempo y dinero costaría arreglarlo.

Kathy se ajustó el hiyab delante de la ventana, escondiendo los pelos sueltos —era un tic nervioso— mientras veía a Zeitoun salir por el camino de entrada levantando una nube gris. Necesitaban una furgoneta nueva. La que tenían era una bestia blanca hecha pedazos, sufrida y fiable, llena de escaleras y maderas y tornillos y brochas sueltas que traqueteaban en su interior. En un lateral lucía el logotipo ubicuo, las palabras CONTRATAS Y PINTURAS ZEITOUN junto a un rodillo apoyado al final de un arco iris. Era cursi, Kathy lo admitía, pero difícil de olvidar. En la ciudad todo el mundo lo conocía de haberlo visto en las paradas de autobús, los bancos y las vallas en los jardines; en Nueva Orleans era tan común como los robles o los helechos reales. Pero al principio no le pareció tan bien a todo el mundo.

Cuando Zeitoun lo diseñó, no tenía ni idea de que un cartel con un arco iris significaría algo para alguien, nada más allá de

un despliegue de colores y tonos de entre los que los clientes podrían elegir. Pero Kathy y él pronto descubrieron las señales que estaban enviando.

De inmediato empezaron a recibir llamadas de parejas homosexuales, lo cual estaba bien, era bueno para el negocio. Pero, al mismo tiempo, algunos clientes potenciales, en cuanto veían llegar la furgoneta, perdían el interés en Contratas y Pinturas Zeitoun. Algunos trabajadores se marcharon, convencidos de que al trabajar bajo el arco iris de Pinturas Zeitoun se les supondría gays, que por la razón que fuera la empresa solo empleaba a trabajadores homosexuales.

Cuando Zeitoun y Kathy por fin comprendieron el poder de significación del arco iris, hablaron seriamente del tema. Kathy se preguntaba si su marido, que hasta la fecha no tenía ni amigos ni familiares gays, querría cambiar el logotipo para evitar que se malinterpretara el mensaje.

Pero Zeitoun apenas dedicó un momento a aquel asunto. Dijo que costaría mucho dinero —se habían fabricado una veintena de vallas, por no mencionar todas las tarjetas y el material de oficina— y, además, todos los nuevos clientes pagaban las facturas. No había más complicaciones.

—Piénsalo —se rió Zeitoun—. Somos una pareja musulmana que regenta una empresa de pintura en Louisiana. No parece buena idea rechazar clientes.

Quien tuviera problemas con los arco iris, seguro que los tenía con el islam.

De modo que el arco iris se quedó.

Zeitoun salió a Earhart Boulevard, aunque una parte de él seguía en Yabla. Siempre que le asaltaban esos recuerdos matinales de la infancia, se preguntaba cómo estaría su familia de Siria, todos sus hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas repartidos por la costa y aquellos que hacía ya tiempo que habían abandonado este mundo. Su madre había muerto a los pocos años de fallecer su padre y Zeitoun había perdido a su querido hermano Mohammed siendo muy joven. Pero al resto de hermanos, a los que seguían en Siria y a los que vivían en España y Arabia Saudí, les

iba bien, extraordinariamente bien. Los Zeitoun eran un clan triunfador, lleno de médicos y directores de colegio y generales y empresarios, todos ellos grandes amantes del mar. Habían crecido en una gran casa de piedra junto al Mediterráneo y nunca se habían alejado demasiado de la costa. Zeitoun decidió telefonar a Yabla en algún momento del día. Siempre había bebés nuevos, siempre había novedades. Le bastaba con llamar a alguno de sus hermanos o hermanas —siete de ellos seguían todavía en Siria— para enterarse de todo.

Zeitoun encendió la radio. La tormenta de la que hablaba la gente seguía lejos, en Florida, avanzando lentamente hacia el oeste. No se esperaba que alcanzara el golfo en los próximos días, si es que llegaba hasta allí. Mientras se dirigía al primer encargo del día, la restauración de una maravillosa y vieja mansión en el Garden District, cambió de emisora en busca de algo distinto, de cualquier otra cosa.

De pie en la cocina, Kathy miró el reloj y ahogó un grito. Que llevase a las niñas al colegio sin retrasos era algo del todo excepcional. Pero estaba en ello. O planeaba ponerse a ello en cuanto bajase el volumen de trabajo. El verano era la época de más negocio, un montón de gente se marchaba, huía del bochorno, y todos querían que les pintaran las habitaciones o el porche mientras estaban fuera.

Con un aluvión de advertencias y ademanes, condujo a las niñas y sus trastos hasta el interior del monovolumen y puso rumbo a la orilla oeste del Mississippi.

El hecho de que Zeitoun y Kathy dirigieran su propio negocio comportaba ciertas ventajas —demasiadas cosas buenas para enumerarlas—, pero, por otro lado, los inconvenientes eran evidentes y cada vez más numerosos. Valoraban mucho poder establecer los horarios, elegir los clientes y los trabajos y la capacidad de estar en casa cuando lo necesitaban: la posibilidad de estar siempre, para cualquier cosa relacionada con los niños, suponía un profundo alivio. Pero cuando algún amigo le preguntaba si también debía montar un negocio propio, Kathy se lo desaconsejaba. Tú no diriges el negocio, les decía. El negocio te dirige a ti.

Kathy y Zeitoun trabajan más que cualquiera de sus conocidos, y su trabajo y sus preocupaciones no acababan nunca. Noches, fines de semana, vacaciones... no descansaban nunca. Solían tener ocho o diez encargos en marcha al mismo tiempo, que supervisaban desde el despacho de casa y desde un almacén de la calle Dublin, junto a Carrollton. Y eso por no hablar del aspecto de gestión inmobiliaria del negocio. En algún momento habían empezado a comprar edificios, apartamentos y casas, y ahora tenían seis propiedades con dieciocho inquilinos. Cada inquilino representaba, en cierto modo, otra persona a su cargo, otra alma de la que preocuparse, a la que proveer de cobijo, un techo sólido, aire acondicionado y agua potable. Sumaban una lista mareante de personas a las que pagar y de las que cobrar, de casas que mejorar y mantener, de recibos que manejar, facturas que extender, provisiones que comprar y almacenar.

Pero Kathy apreciaba en lo que se había convertido su vida y la familia que había formado con Zeitoun. Estaba llevando a las niñas al colegio en coche, y el hecho de que pudieran asistir a una escuela privada, que pudieran enviarlas a la universidad, que tuvieran todo lo que necesitaban y más... a todas horas daba gracias por ello.

Kathy tenía ocho hermanos y se había criado con muy poco, y Zeitoun, el octavo de trece hijos, había crecido casi sin nada. Verlos ahora a los dos, dar un paso atrás y evaluar lo que habían construido: una gran familia, un negocio de éxito y una integración tan sólida en su ciudad de adopción que tenían amigos en todos los barrios y clientes en prácticamente todos los edificios por los que pasaban... todo eso eran bendiciones del Señor.

¿Cómo podía dar por sentada la existencia de Nademah, por ejemplo? ¿Cómo habían podido crear a semejante criatura, tan lista y centrada, tan hacendosa, servicial y precoz? Parecía prácticamente adulta (desde luego, hablaba como tal, a menudo con más mesura y circunspección que sus padres). Kathy la miró; Nademah jugueteaba con la radio en el asiento del acompañante. Siempre había sido rápida. Cuando tenía cinco años, no más de cinco, un día Zeitoun llegó a casa del trabajo para almorzar y se la encontró jugando en el suelo. La niña levantó la mirada hacia su padre y espetó: «Papá, quiero ser bailarina». Zeitoun se quitó

los zapatos y se sentó en el sofá. «Ya hay demasiadas bailarinas en la ciudad –le dijo, frotándose los pies–. Necesitamos médicos, abogados, profesores. Quiero que seas médico para que puedas cuidarme.» Nademah pensó un momento en lo que le había dicho su padre y respondió: «Vale, entonces seré médico». Y siguió coloreando. Al cabo de un minuto Kathy bajó; acababa de ver el desorden del cuarto de Nademah. «Recoge tu habitación, Demah», le dijo. Nademah no se inmutó ni levantó la mirada de su libro para colorear, y replicó: «Yo no, mamá. Yo voy a ser médico, y los médicos no limpian».

En el coche, cerca ya del colegio, Nademah subió el volumen de la radio. Había encontrado algo en las noticias sobre la tormenta. Kathy no estaba prestando mucha atención porque tres o cuatro veces por estación se hablaba en tono alarmista de huracanes que avanzaban directos a la ciudad, pero luego siempre cambiaban de trayectoria, o bien los vientos amainaban en Florida o al cruzar el golfo. Si alguna tormenta llegaba a Nueva Orleans, sería muy debilitada, reducida a poco más que un día gris con lluvia y vientos racheados.

El reportero calificaba la tormenta que se dirigía al golfo de México como de categoría 1. Se encontraba a unos 70 kilómetros al nornoroeste de Cayo Hueso y avanzaba hacia el oeste. Kathy apagó la radio; no quería que las niñas se preocuparan.

–¿Crees que nos alcanzará? –preguntó Nademah.

Kathy no lo meditó demasiado. ¿A quién le preocupaba una categoría 1 o 2? Le dijo a Nademah que no era nada, nada de nada, y se despidió de las niñas con un beso.

Tras el golpetazo de tres portezuelas de coche, de pronto Kathy se quedó sola. Mientras se alejaba del colegio, volvió a encender la radio. Los funcionarios municipales daban las recomendaciones de costumbre relativas a acumular provisiones para tres días –Zeitoun siempre estaba al tanto de eso– y luego hablaron un poco acerca de vientos de 160 kilómetros por hora y marejada en el golfo.

Volvió a apagar la radió y llamó a Zeitoun desde el móvil.

—¿Has oído lo de la tormenta?

—He oído diferentes cosas.

—¿Crees que será grave?

—¿De verdad? No lo sé.

Zeitoun había reinventado la expresión «de verdad»: introducía buena parte de sus frases con un «¿de verdad?» a modo de carraspeo. Kathy le planteaba una pregunta cualquiera y él le contestaba «¿De verdad? Qué curioso». Era famoso por sus anécdotas y parábolas sobre Siria, sus citas del Corán y sus relatos de sus viajes por el mundo. A todo ello se había acostumbrado Kathy, pero al modo en que utilizaba la expresión «¿De verdad?»... bueno, en eso Kathy se había rendido. Para Zeitoun equivalía a empezar una frase con «¿Sabes?» o «Deja que te cuente». Era Zeitoun, y no le quedaba otra que encontrarlo simpático.

—No te preocupes —le dijo Zeitoun—. ¿Los niños están en el colegio?

—No, en el lago. Dios mío.

El hombre estaba obsesionado con el colegio, y a Kathy le gustaba tomarle el pelo con esa y otra serie de cosas. Zeitoun y ella hablaban por teléfono todo el día, sobre todo de pintura, propiedades alquiladas, cosas que reparar, hacer y recoger y a menudo simplemente para saludarse. La broma en que habían ido convirtiéndose la exasperación de Zeitoun y los comentarios ingeniosos de Kathy era entretenida para cualquiera que los escuchara. Además, dada la frecuencia de las conversaciones, también resultaba inevitable. Ninguno de los dos sabía manejar el hogar, la empresa, su vida ni su día sin el otro.

A Kathy no dejaba de sorprenderle que hubieran desarrollado semejante simbiosis. Ella se había criado como una baptista sureña de los alrededores de Baton Rouge que soñaba con irse de casa —cosa que hizo justo al acabar la secundaria— y regentar una guardería. Ahora era una musulmana casada con un sirioamericano y dirigía un negocio en expansión de pinturas y contrataciones. Cuando conoció a su marido, Kathy tenía veintiún años y él era un hombre de treinta y cuatro años nacido en un país del

que ella no sabía casi nada. Kathy estaba recuperándose de un matrimonio fracasado y acababa de convertirse al islam. No tenía el más mínimo interés en volver a casarse, pero resultó que Zeitoun era todo lo que ella no había creído posible que existiera: un hombre sincero, honrado hasta la médula, trabajador, responsable, fiel y devoto de la familia. Y lo mejor de todo, deseaba de todo corazón que Kathy fuera quien quisiera ser, ni más ni menos.

Pero eso no significaba que no surgieran roces. Kathy llamaba así a sus vehementes tomas y dacas acerca de todo, desde lo que comían los niños para cenar hasta si debían contratar a una agencia de cobros a morosos para que les ayudase con un cliente en particular.

«Es una nadería», decía a los niños cuando les oían discutir. Kathy no podía evitarlo. Ella era muy de hablar. No podía guardarse nada dentro. No pienso callarme nada, le contó a Abdul al principio de su relación. Él se encogió de hombros; por él, de acuerdo. Zeitoun asentía con paciencia, agradecido a veces de no tener un inglés tan bueno como ella. Mientras él buscaba las palabras correctas para responder, Kathy seguía hablando, y con frecuencia para cuando terminaba se había agotado y ya no quedaba nada más que añadir.

En cualquier caso, en cuanto Kathy supo que la escucharían y que la escucharían hasta el final, suavizó el tono de sus argumentaciones. Sus discusiones se volvieron menos acaloradas, y a menudo más cómicas. Pero los niños, cuando eran pequeños, a veces no captaban la diferencia.

En una ocasión, hacía años, mientras Kathy conducía y discutía con Zeitoun sobre alguna tontería, Nademah intervino. La niña, en su sillita infantil del asiento de atrás, se había hartado. «Papá, sé amable con mamá», dijo. Y luego se giró a Kathy. «Mamá, sé amable con papá.» Kathy y Zeitoun se quedaron de piedra. Se miraron y luego, a la vez, miraron a la pequeña Nademah. Ya sabían que era lista, pero aquello era distinto. Solo tenía dos años.

Cuando colgó después de hablar con Zeitoun, Kathy hizo lo que sabía que no debía hacer, porque sin duda esa mañana los clientes

la necesitaban y confiaban en tenerla localizable. Apagó el teléfono. Lo hacía de vez en cuando, en cuanto los niños habían bajado del coche y ella había puesto rumbo a casa. Solo quería treinta minutos de soledad mientras conducía: eso era un poco decadente, pero esencial. Clavó la vista en la carretera en absoluto silencio, sin pensar en nada. El día sería largo, sería un no parar hasta que los niños se acostaran, de modo que se permitió ese pequeño lujo, treinta minutos ininterrumpidos de silencio y claridad.

Al otro lado de la ciudad, Zeitoun estaba en el primer trabajo del día. Le encantaba ese sitio, una vieja y magistral casa en el Garden District. Tenía dos empleados trabajando en ese encargo y pasó por allí para asegurarse de que hubieran llegado, de que tuviesen trabajo que hacer y de que dispusiesen de cuanto necesitaban. Subió a saltos la escalinata y entró en la casa. El edificio tendría, fácilmente, unos ciento veinte años.

Vio a Emil, un pintor y carpintero de Nicaragua, arrodillado en un umbral, despegando un zócalo. De repente Zeitoun apareció detrás de él y le agarró por los hombros.

Emil dio un respingo.

Zeitoun se rió.

Ni siquiera estaba seguro de por qué hacía esas cosas. Le costaba explicarlo: a veces simplemente se sentía juguetón. Los empleados que le conocían bien no se sorprendían, mientras que los nuevos a menudo se quedaban pasmados pensando que el comportamiento de Zeitoun respondía a algún extraño método para motivarlos.

Emil se las apañó para sonreír.

En el comedor, aplicando una segunda capa a la pared, estaba Marco, nativo de El Salvador. Los dos, Marco y Emil, se habían conocido en la iglesia y habían salido juntos a buscar trabajo como equipo de pintores. Se habían presentado en una de las obras de Zeitoun, y como este casi siempre tenía más trabajo del que podía atender, los había contratado. De eso hacía tres años, y desde entonces Marco y Emil habían trabajado para Zeitoun sin parar.

Además de contratar a varios nativos de Nueva Orleans, Zeitoun había empleado a hombres de todas partes: Perú, México,

Bulgaria, Polonia, Brasil, Honduras y Argelia. Había tenido buenas experiencias con casi todos ellos, aunque en el negocio se daba una tasa de desgaste y cambios de personal superior a la media. Muchos trabajadores estaban de paso y solo pensaban quedarse unos meses en el país antes de regresar con la familia. Zeitoun los contrataba sin problemas, y a la larga había aprendido bastante español, pero tenía que estar preparado para que le avisaran de su marcha con escasa antelación. Otros trabajadores simplemente eran jóvenes: eran irresponsables y vivían al día. No podía culparlos —también él había sido joven y libre—, pero intentaba, siempre que podía, inculcarles la idea de que, si se comportaban como era debido y ahorran unos dólares a la semana, esa clase de trabajo les permitiría vivir bien y mantener una familia. Pero en ese negocio rara vez se encontraba a un joven que pensara en el futuro. Mantenerlos alimentados y vestidos, ir a buscarlos cuando llegaban tarde o desaparecían, todo ello resultaba agotador y en ocasiones descorazonador. A veces se sentía como si en lugar de cuatro tuviera docenas de hijos, la mayoría con bigote y las manos manchadas de pintura.

Sonó el teléfono. Zeitoun miró quién llamaba y contestó.

—¿Cómo estás, Ahmad?—dijo en árabe.

Ahmad era el hermano mayor de Zeitoun y su mejor amigo. Telefoneaba desde España, donde vivía con su mujer y dos hijos, ambos en edad de ir al instituto. Donde estaba Ahmad era tarde, de modo que a Zeitoun le inquietó que pudiera tener malas noticias.

—¿Qué ocurre?—preguntó Zeitoun.

—Estoy viendo lo de la tormenta.

—Me has asustado.

—Deberías estar asustado—dijo Ahmad—. Esta puede ir en serio.

Zeitoun era escéptico, pero prestó atención. Ahmad era capitán de barco desde hacía treinta años, comandaba buques cisterna y trasatlánticos en cualquier masa de agua concebible y sabía como el que más sobre tormentas, sus trayectorias y su fuerza. De joven Zeitoun le había acompañado en alguno de sus viajes. Ahmad, nueve años mayor que su hermano, lo había enrolado de

tripulante y se lo había llevado a Grecia, Líbano y Sudáfrica. Luego Zeitoun había trabajado en otros barcos sin Ahmad y había visto la mayor parte del globo durante una década de furor viajero que terminó llevándolo a Nueva Orleans y a su vida con Kathy.

Ahmad chasqueó la lengua.

—La verdad es que no parece normal. Grande y lenta. La estoy vigilando por el satélite.

Ahmad era un tecnófilo. En el trabajo y en el tiempo libre prestaba mucha atención a la meteorología, a las tormentas que iban formándose. En ese momento se encontraba en su casa de Málaga, en su atiborrado despacho, siguiéndole la pista a la tormenta que avanzaba por Florida.

—¿Han empezado las evacuaciones? —preguntó Ahmad.

—Oficialmente no. Pero se están marchando algunas personas.

—¿Y Kathy y los niños?

Zeitoun le contestó que todavía no lo habían pensado.

Ahmad suspiró.

—¿Por qué no os marcháis, por seguridad?

Zeitoun respondió con un sonido que no lo comprometía a nada.

—Te llamaré luego —dijo Ahmad.

Zeitoun salió de la casa y se dirigió a pie al siguiente trabajo, a una manzana de distancia. A menudo ocurría así: tenían encargos a poca distancia unos de otros. Los clientes parecían tan sorprendidos de trabajar con un pintor o contratista de confianza y digno de ser recomendado que, gracias a las referencias, Zeitoun conseguía en rápida sucesión media docena de encargos en el mismo vecindario.

La siguiente casa, en la que trabajaba desde hacía años, estaba en la acera de enfrente de la de Anne Rice, la escritora —Zeitoun no había leído sus libros, pero Kathy sí; Kathy se lo leía todo—, y era de las más señoriales y espléndidas de Nueva Orleans. Techos altos, una gran escalera de caracol que desembocaba en el vestíbulo, molduras por todas partes, habitaciones temáticas y una personalidad muy definida. Zeitoun había pintado y repintado probablemente todas las estancias de la casa, admirando la artesa-

nía, el gran cuidado puesto en los detalles y las florituras más ex-céntricas: un mural sobre la repisa del hogar y un trabajo de forja sin parangón en cada balcón. Era esa clase de atención obstinada, desaforadamente romántica, a la belleza —una belleza que se ajaba y marchitaba, necesitada de cuidados constantes— lo que hacía que esta ciudad fuese tan distinta a cualquier otra y un entorno tan único para un contratista.

Zeitoun entró, estiró la cubierta del primer pasillo y se abrió paso hasta la parte de atrás de la casa. Echó un vistazo a Georgi, su carpintero búlgaro, que estaba instalando una moldura nueva cerca de la cocina. Georgi era un buen trabajador de unos sesenta años, con perfil de barrilete e incansable, pero Zeitoun evitaba darle conversación. En cuanto arrancaba, Georgi te soltaba un discurso de veinte minutos sobre la extinta Unión Soviética, los bienes inmuebles de la costa búlgara y sus diversos viajes en caravana por todo el país con su esposa Albena, fallecida hacía años y a la que echaba mucho de menos.

Zeitoun subió a la furgoneta y la radio le asaltó con nuevas advertencias sobre la tormenta llamada Katrina. Se había formado cerca de Bahamas dos días antes y había desperdigado a los barcos como si fuesen de juguete. Zeitoun tomó nota, pero no le dio importancia. Los vientos seguían a muchos días de resultar relevantes en su vida.

Puso rumbo al Museo Presbiteriano de la plaza Jackson, donde tenía a otra cuadrilla trabajando en una delicada restauración del edificio de doscientos años de antigüedad. Tiempo atrás el museo había sido el juzgado, y ahora acogía una vasta y extraordinaria colección de artefactos y objetos relacionados con el Mardi Gras. Se trataba de un encargo muy importante, y Zeitoun quería que todo saliera bien.

Kathy telefoneó desde casa. Acababa de llamarla un cliente de la zona de Broadmoor. Los hombres de Zeitoun habían pintado una ventana cerrada y alguien tenía que ir a despegarla.

—Ya iré yo —dijo Zeitoun.

Supuso que sería lo más fácil. Iría, lo haría él y asunto resuelto. Menos llamadas telefónicas y ninguna espera.

—¿Has oído lo de los vientos? De momento han matado a tres personas en Florida.

Zeitoun le quitó importancia.

—No es nuestra tormenta.

Kathy se divertía a menudo a costa de la tozudez de Zeitoun, de su negativa a inclinarse ante ninguna fuerza, ya fuese natural o de cualquier otra clase. Pero Zeitoun no podía evitarlo. Había crecido a la sombra de su padre, un marinero legendario que se había enfrentado a pruebas épicas y siempre, milagrosamente, había sobrevivido.

El padre de Zeitoun, Mahmoud, había nacido no muy lejos de Yabla, en la isla de Arwad, la única isla de Siria, una masa de tierra tan pequeña que en algunos mapas ni siquiera aparecía. Allí la mayoría de los chicos eran pescadores o construían barcos. De adolescente Mahmoud había empezado a trabajar en las rutas navieras entre el Líbano y Siria, en grandes cargueros a vela que transportaban madera a Damasco y otras grandes ciudades de la costa. Había pasado la Segunda Guerra Mundial en un barco así, navegando de Chipre a Egipto. Sus compañeros de navío y él eran vagamente conscientes del peligro de que las fuerzas del Eje los tomaran por posibles proveedores de los Aliados, pero se quedaron atónitos cuando un escuadrón de aviones alemanes apareció en el horizonte y se les echó encima. Mahmoud y el resto de la tripulación saltaron al mar justo antes de que los aviones empezaran a acribillarlos. Consiguieron soltar el bote salvavidas hinchable antes de que el barco se hundiera y estaban arrastrándose a su interior cuando los alemanes regresaron. Por lo visto, tenían intención de matar a todos los miembros de la tripulación que hubieran sobrevivido. Mahmoud y los demás marineros tuvieron que saltar del bote y esperar bajo el agua a que los alemanes se convencieran de que todos los tripulantes habían muerto ahogados o acribillados. Cuando la superficie volvió a parecerles segura, los marineros regresaron al bote salvavidas y se lo encontraron lleno de agujeros. Embutieron las camisas en los huecos y remararon con las manos durante millas, hasta alcanzar la costa egipcia.

Pero la historia que Mahmoud contaba más a menudo cuando Zeitoun era niño, la historia que contaba cuando prohibía a sus hijos vivir en el mar, era la siguiente:

Mahmoud regresaba de Grecia en una goleta de doce metros de eslora cuando se toparon con una tormenta negra y tortuosa. Navegaron por ella durante horas hasta que el mástil principal se resquebrajó y soltó la vela, que cayó al agua, amenazando con arrastrar al barco entero con ella. Sin pensar, Mahmoud trepó al mástil con intención de liberar la vela y enderezar el casco. Pero cuando llegó a la rotura del mástil, este cedió del todo y Mahmoud cayó al océano. El barco viajaba a ocho nudos y no había modo de dar media vuelta, así que la tripulación lanzó a Mahmoud cuanto pudo —algunos tablones y un tonel— y a los pocos minutos la nave se perdió en la oscuridad. Mahmoud estuvo dos días solo en el mar, con tiburones por debajo y tormentas por encima, afeñándose a los restos del tonel, antes de ser arrastrado hasta la orilla cerca de Latakia, unos ochenta kilómetros al norte de la isla de Arwad.

Nadie, ni siquiera Mahmoud, creía que hubiera sobrevivido, y a partir de ese momento prometió que no volvería a arriesgarse. Dejó de navegar, trasladó a la familia de Arwad al continente y prohibió a sus hijos que trabajaran en el mar. Quería que fueran a un buen colegio, que tuvieran otras salidas aparte de pescar y construir barcos.

Mahmoud y su mujer recorrieron toda Siria en busca de un nuevo hogar, un lugar alejado del agua. Pasaron meses viajando con sus niños pequeños, inspeccionando poblados y casas. Pero nada les convencía. Es decir, nada hasta que se encontraron dentro de una casa de dos plantas con sitio suficiente para sus hijos presentes y futuros. Cuando Mahmoud sentenció que aquel era el lugar, su mujer se rió. Estaban de cara al mar, a menos de quince metros de la playa.

Allí, en Yabla, Mahmoud abrió una ferretería, mandó a sus hijos e hijas a las mejores escuelas y enseñó a los chicos todos los oficios que pudo. Todo el mundo conocía a los Zeitoun, todos ellos trabajadores y espabilados, y todos conocían a Abdulrahman, el

octavo hijo, un joven que lo quería saber todo y al que no daba miedo ningún trabajo. De adolescente, observaba a los comerciantes de la ciudad siempre que tenía ocasión, estudiaba su arte. Y en cuanto se dieron cuenta de que era un chico serio que aprendía rápido, le enseñaron todo lo que sabían. Con los años aprendió todos los oficios a los que pudo acercarse: pesca, montaje de aparejos, pintura, albañilería, fontanería, techado, embalado, incluso mecánica.

Al padre de Zeitoun le enorgullecía y le divertía la trayectoria vital de su hijo. El hombre no quería que sus hijos faenaran en la mar, pero muchos de ellos, incluido Zeitoun, lo habían hecho. Mahmoud deseaba que sus hijos fueran médicos, maestros. Sin embargo Zeitoun se parecía demasiado a su padre: primero había sido pescador y luego, para mantener a la familia y asegurarse que vivía lo suficiente para ver crecer a sus hijos, constructor.

Zeitoun llamó a Kathy a las once. Había desatascado una ventana en Broadmoor y ahora estaba en un centro Home Depot.

—¿Alguna novedad?

—Pinta mal —contestó Kathy.

Estaba conectada a internet. El Centro Nacional de Control de Huracanes había elevado el Katrina a categoría 2. Había modificado la posible trayectoria de la tormenta desde la estrecha franja de Florida hacia la costa de Mississippi y Louisiana. La tormenta estaba cruzando el sur de Florida con vientos de 145 kilómetros por hora. Habían muerto al menos tres personas. Un millón trescientos mil hogares se habían quedado sin electricidad.

—Aquí la gente está preocupada —dijo Zeitoun, echando un vistazo a la tienda—. Hay mucha gente comprando contrachapado.

Las colas eran largas. La tienda estaba agotando las planchas de plástico, la cinta aislante y la cuerda... cualquier cosa que protegiera las ventanas del viento.

—Estaré atenta.